

Entrevista com Fernando Andacht¹, da *Université d'Ottawa*, realizada por Zilá Bernd² em setembro de 2013, em Porto Alegre, durante as *Jornadas Canadenses: Francofonia*.

Interview with Fernando Andacht, from Ottawa University, done by Zilá Bernd in September, 2013, in Porto Alegre, during the event *Jornadas Canadenses: Francofonia*.

Submetido em 6 de março e aprovado em 19 de março de 2014.

Z. Bernd/Interfaces: Em seu trabalho no campo da Ciência da Comunicação, centrado nas representações da realidade em diferentes mídias, a América Latina continua ocupando um espaço importante, embora o senhor esteja radicado no Canadá, na cidade de Ottawa, há vários anos. O fato de viver em um contexto diferente não interferiu em seu interesse, não alterou seu ponto de vista sobre as manifestações culturais e midiáticas dos países latino-americanos?

Fernando Andacht: Hace ya una década que me dedico al estudio de un fenómeno comunicacional y mediático que merece el nombre de “*glocal*”, para usar el término propuesto por el sociólogo R. Robertson. Me refiero al *reality show*, un tipo de programación televisiva híbrida, pues su formato es creado en un país, por ejemplo, Holanda, en el caso del famoso y escandaloso *Big Brother*, y luego no solo es vendido como idea, es decir, globalizado, a muchísimos países (ej.: *Big Brother Brasil*), sino que, para su producción, el elemento local, la adaptación particular a cada nación donde se implanta el formato, es un aspecto esencial de su popularidad; de ahí la importancia del concepto *portmanteau* de *glocal* para describir dicho fenómeno. Luego de instalarme en la capital de Canadá, como profesor del *Department of Communication/Département de Communication* de la mayor universidad bilingüe del país, la *University of Ottawa*, ese fenómeno mediático, en apariencia banal o superfluo, no dejó de interesarme, en particular por todo lo que este nos revela sobre

la vida cotidiana. Mi interés específico es el estudio de la representación de la identidad colectiva e individual, y otros temas centrales para nuestro tiempo, como el comportamiento del público frente a la oferta multimedia con que se presentan estos programas (TV abierta, TV cable, *internet*, *fanzine*, *blogs* etc.). Gracias a la obtención de una beca de investigación otorgada por *Social Sciences and Humanities Research Council* (SSHRC), conseguí ampliar mi estudio semiótico de esa clase de representación audiovisual de lo real con fines de entretenimiento, por un lado, y desarrollar su comparación con el tradicional y mucho más respetable género del documental filmico, de vocación cívica y educativa, a menudo políticamente comprometida, por el otro. En esta nueva fase, pude incorporar a mi proyecto de investigación la muy valiosa producción documental canadiense. Para llevar a cabo esta tarea, fue fundamental contar con la red latinoamericana de vínculos académicos que afortunadamente conseguí mantener, luego de establecerme en Ottawa. Así, soy profesor visitante en universidades de Argentina, Chile, Brasil y Uruguay. En seminarios de posgrado, que imparto en los centros académicos de esos países latinoamericanos, no solo tengo la oportunidad de presentar los avances de mi investigación sobre las nuevas modalidades de representar lo real en cine y televisión, sino que recibo los interesantes comentarios y aportes críticos de quienes están estudiando la producción audiovisual en Latinoamérica. Algo semejante ocurre, por supuesto, con los estudiantes de maestría de la *Univ. of Ottawa* que concurren a mis seminarios sobre “Teorías de los Medios y sus Efectos”, y otro seminario dedicado al tema de mi investigación (*Special Topics* es el nombre genérico de esta clase de seminario, una instancia muy útil para desarrollar el campo estudiado en ese momento por el docente-investigador). En esos cursos, presento mis análisis detallados de documentales y *reality shows* del mundo latinoamericano y del ámbito canadiense, y obtengo una valiosa retroalimentación de mis alumnos de posgrado de habla inglesa y francesa. Vale la pena mencionar que desde que estoy en Canadá no solo he dictado seminarios en las dos lenguas oficiales, sino también uno de naturaleza bilingüe. Mis estudiantes canadienses traen una mirada curiosa y sorprendida ante las producciones audiovisuales de Brasil, Uruguay, Chile o Argentina, pues aunque éstas se asemejan en algunos aspectos, también presentan diferencias notorias con respecto a la producción audiovisual de Canadá. Por último, entiendo que la noción de “cultura de mosaico”, describe acertadamente la heterogénea

y diversa composición de la moderna nación canadiense, en contraste con la metáfora usada para describir a su vecino al sur de la frontera, es decir, el “*melting pot*” estadounidense. Este panorama polifónico y singular ofrece una espléndida oportunidad al investigador de la comunicación mediática que tiene en sus cursos personas cuyos padres o ellos mismos son inmigrantes de primera generación, y por tal motivo, llegan con miradas y con experiencias desde puntos remotos del planeta. Todo eso no puede sino nutrir el conocimiento del universo mediático contemporáneo, para un estudioso que vive y trabaja en Canadá.

Z. Bernd/Interfaces: O senhor se considera um intelectual migrante, exilado ou transnacional? Quais dessas etiquetas o senhor aceitaria que colassem a seu nome?

Fernando Andacht: Entiendo que toda etiqueta o rótulo – un signo de tipo simbólico como “migrante” o “exiliado”, según la teoría desde la cual realizo mis análisis de los medios hace ya tres décadas, la semiótica del lógico norteamericano C. S. Peirce – es inevitablemente restrictiva. Pero vivimos entre símbolos, y sin ellos es imposible entendernos. Entonces, meditando sobre su provocativa pregunta, diría que el término “transnacional” es el que mejor se ajusta o define más acertadamente mi recorrido vital y profesional. He tenido la suerte de estudiar y de vivir en América del Sur, en América del Norte y en Europa. Y en el transcurso de esos desplazamientos, he debido expresarme, vivir, y hasta soñar en diversas lenguas: inglés, francés, alemán y portugués brasileño, además de mi español nativo. Este reiterado franqueo de fronteras que configura mi biografía intelectual y personal me ha dejado como saldo muy positivo no solo vivencias preciosas sobre diferentes modos de aprender, enseñar, y mirar el mundo, sino que también me otorgó el don de conocer esos signos vitales y expresivos de cierto modo de estar en el mundo, que hoy son una parte inseparable de mi propia historia de viajero impenitente. Como el degustador del buen vino, disfruto cada día el poder compartir la experiencia de esas naciones desde el lugar mismo de su respiración semiótica, es decir, de su matriz sígnica – además de los símbolos verbales, no hay que olvidar los muy suculentos signos no verbales, como la gestualidad, esa espléndida coreografía con la que todos realizamos la presentación del sí mismo en la vida cotidiana, a lo largo y ancho del planeta. Por ese motivo,

creo que la idea de transnacional me es muy afín: nadie consigue librarse o volverse completamente ajeno a la nación que le llegó junto con el aire y los primeros alimentos, los ritmos y los silencios del lugar donde nació, de ese ámbito en el que abrimos los sentidos a la cornucopia sensorial del mundo. Quisiera terminar mi respuesta con la evocación de una obra que tuvo un gran impacto en mi imaginación de ávido lector literario juvenil. Me refiero a la novela de juventud de un escritor que merece sin duda ser pensado como un pensador transnacional, *A Portrait of the Artist as a Young Man* (1916) del escritor irlandés James Joyce. Recuerdo particularmente esa suerte de deseo-manifiesto desmesurado que lanza su protagonista, cerca del final de esa narrativa iniciática; el joven aspirante a escritor Stephen Daedalus se rebela contra la restricción de su lengua nativa, de su religión y de su nación. Para ello, el personaje de Joyce afirma que buscará librarse del peso del lenguaje de la tribu para poder crear su obra “con las únicas armas que me permito usar – silencio, astucia y exilio”. En mi caso, con más realismo y modestia, entiendo que mi periplo vital no fue ni un exilio ni una migración, sino una larga travesía animada por mi gran curiosidad por rebasar lo nacional. Ese camino itinerante muy probablemente fue impulsado por el hecho de provenir de una de las naciones más pequeñas del continente americano, el Uruguay. Esa constricción territorial me fue llevando de modo casi natural, diría, hacia el ámbito abierto e inexplorado de lo “trans”, hacia el más allá de la nación primaria o primera, para salir en pos de un territorio mucho más vasto y móvil. Mi decisión me dio la oportunidad magnífica de coleccionar signos ajenos, de darme un zambullón en la alteridad semiótica que nos espera allende las fronteras de lo familiar. Un ejemplo de esa condición de “intelectual transnacional” es algo que sucede de modo frecuente en mi vida en Ottawa: empiezo el día en español, en mi casa, lo continuo en francés e inglés, simultánea y alternativamente en un corredor o en mi oficina, mientras converso cara a cara con colegas francófonos y anglófonos, y con estudiantes que también lo son, en la *Université d’Ottawa*. Y en el transcurso de ese mismo día, mantengo un animado encuentro en portugués por *internet* (gracias al *chat* múltiple de *Google Plus* o con *Skype*) con un grupo de estudiantes de posgrado en comunicación de la *Universidade Tuiuti* do Paraná, en Curitiba, para hablar sobre las investigaciones en curso que oriento. Atravesar esas cuatro lenguas en un único día es un poco como viajar en el espacio cultural sin tener la barrera temporal, y poder disfrutar de un muy

rico paisaje transnacional, lleno de matices y de colores que ningún paisaje nacional puede brindar.

Z. Bernd/Interfaces: O que o senhor privilegia: o multi, o inter, o trans ou o indisciplinar, como o senhor refere em um de seus livros: *Un camino indisciplinario hacia la comunicación (2001)*?

Fernando Andacht: Hace ya unos años surgió un interesante y vivo debate sobre las excesivamente rígidas delimitaciones disciplinarias en el ámbito de una institución extremadamente conservadora como lo es la universidad desde su origen. Grandes torrentes de tinta o innumerables *bits* más tarde, no tengo claro que hayamos avanzado demasiado en la dirección de una disolución o siquiera un debilitamiento de esos rígidos límites disciplinarios, que constriñen la perspectiva múltiple sobre los fenómenos sociales, culturales o económicos. Pero al menos sí se ha conseguido colocar ese problema metodológico y epistemológico en la agenda académica, entre los temas más relevantes de nuestra época llamada moderno-tardía o postmoderna. ¿Qué ventajas trae aparejado pensar lo *(multi/trans/inter)disciplinario*, para la investigación académica? Muchas, pero son demasiados los pruritos y desconfianzas del establecimiento universitario como para por fin derribar esos muros que ha impuesto la historia, con su arbitrariedad constructorista. El título del libro que Ud. menciona reivindica un papel agitador y *(des)anestésico* para el modelo semiótico. La semiótica ha sido excluida del banquete de los saberes tradicionales, esos que consagran los programas educativos de la enseñanza media e incluso superior/universitaria en el grupo cerrado de las disciplinas canónicas. Sin tener que derribar muros institucionales con gran pompa pero pocos resultados concretos, pienso que la teoría semiótica recorre e ilumina una senda que forma parte de todo proyecto de conocimiento, tanto científico como cotidiano, tanto humanista como exacto. No hay ninguna clase de saber que no tenga como base última el estudio minucioso del movimiento de los signos, de eso que Peirce denominó la “semiosis”, y que consiste en el proceso lógico de revelación parcial y falible de naturaleza y cultura a través de la acción de signos icónicos, indiciales y simbólicos. De hecho, uno de los aportes más preciosos del modelo semiótico peirceano es su principio de continuidad antidualista: su crítica al cartesianismo que opone lo mental a lo físico-corporal culmina con el *sinequismo*, una

doctrina filosófica que está en la base misma de la semiótica, y que se niega a dividir el universo en pares de elementos desconectados, en díadas no relacionadas. El sinequismo de Peirce postula el funcionamiento de una compleja trama de relaciones que teje un continuo entre materia y mente, entre artificio y naturaleza, ya sea en el ámbito humano como en el mucho más amplio universo que compartimos con una vastísima variedad de semiosis. Por ese motivo, creo que el prefijo “in” que adopté como parte del título – *Un camino **indisciplinario** hacia la comunicación* – en referencia al método semiótico para estudiar la comunicación, describe esa muy amplia mirada capaz de abarcar el fundamento epistémico de cualquier conocimiento tanto humanista, social como natural, sin tener que dividir arbitrariamente el campo en elementos no relacionados que, lejos de aumentar nuestra comprensión, no hace más que solidificar divisiones históricas injustificadas, como la de mente y cuerpo, algo heredado del pensamiento cartesiano.

Z. Bernd/Interfaces: O dossiê temático do nº 18 da *Revista Interfaces Brasil-Canadá* enfoca o impacto do pensamento canadense na pesquisa desenvolvida no Brasil (sobretudo na área das Ciências Humanas). Pensando no seu campo de estudo, comunicação de massas e semiótica, que autores canadenses tiveram impacto em seu trabalho como pesquisador nesta área? Fica bem evidente que seus fundamentos teóricos se apoiam em Peirce, mas para além desta influência, o senhor poderia apontar pensadores canadenses que tiveram impacto sobre sua pesquisa e – em caso afirmativo – poderia descrever que teorias seriam estas? O senhor cita Erving Goffman em alguns de seus artigos.

Fernando Andacht: Le agradezco esta pregunta final por varios motivos. Tempranamente en su reflexión, en 1866, Peirce escribió que es una idea muy pobre la que afirma que una persona no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Al igual que una palabra, el pensamiento humano y por ende quien lo elabora no puede ni debe reducirse a su dimensión material, ya que una parte fundamental de su condición es el disponer de ese poder a distancia que nos proporciona el manejo de los signos, elementos inseparables de nuestra identidad. Ambos, ser humano y palabra se comportan como signos, y como tales tienen ese poder semiótico de la ubicuidad: los signos nos pueden afectar mucho después de haber sido

encontrados, escuchados, mirados o leídos por primera vez, siglos después de que haya desaparecido la persona que los enunció, como lo atestiguan la literatura y la filosofía, por ejemplo. Es así que mucho antes de venir a vivir a Canadá, yo ya conocía y usaba con frecuencia y gran provecho la obra de varios pensadores originarios de ese país. Mis estudios de comunicación me pusieron en contacto con quien sin duda fue y sigue siendo uno de los nombres paradigmáticos en el campo del estudio de los medios, hablo de Marshall McLuhan (1911-1980). Polémicas pero fértiles, las ideas de este especialista en el impacto de los medios masivos en la vida cotidiana de la *University of Toronto* siguen dando mucho que hablar y que reflexionar. Por ejemplo, su noción de “la aldea global” (*the global village*) fue concebida mucho antes de que existieran las redes sociales, cuya enorme popularidad ha convertido la audaz visión teórica de McLuhan en una práctica cotidiana y banal. Hoy su visión es tan obvia que parece imposible ponerla en duda, cuando actos triviales como un encuentro social de amigos o épicos y trascendentes como una revolución a miles de kilómetros de donde vivimos, pueden ser conocidos y seguidos en *Facebook*, *YouTube* o *Twitter*. Luego, en mi vida adulta descubrí la obra del filósofo canadiense Charles Taylor, de la *McGill University*, en Montreal, a quien tuve el gusto de escuchar en una conferencia que dictó en mi propia universidad en 2012. Su obra mayor, *The sources of the Self* (1989), es un merecido clásico que narra con admirable brío analítico el desarrollo filosófico de la noción clave en el estudio de la identidad humana, el sí mismo. Dotado de erudición y comprensión histórica, Taylor explica cómo en el siglo XVIII, en la obra de pensadores como Rousseau, se inicia “el giro expresivo”, una tendencia a revalorizar y jerarquizar las emociones, los gestos, en fin, todo el lenguaje corporal que sería capaz de dar acceso a lo más verdadero del ser humano, a lo que hay de más auténtico en su interior. Yo propongo considerar como una instancia actual de ese giro expresivo, la actual búsqueda y contemplación globalizada de esa clase de signos espontáneos de lo real en el amplísimo catálogo de *reality shows* que se producen y exhiben en todo el mundo cada día. Uno de los pensadores de la modernidad que más influencia ha tenido en mi investigación de la vida cotidiana es el sociólogo canadiense Erving Goffman. Aunque se lo considere a menudo como un intelectual estadounidense por haberse doctorado en la *University of Chicago*, y luego haber trabajado en dos importantes universidades de ese país, Goffman nació y se crio en el interior de la provincia de Manitoba, primero en un

villorrio, Mannville, luego en una ciudad pequeña, Dauphin. Recién en su adolescencia se muda con su familia a Winnipeg, donde hizo sus estudios secundarios y se graduó en 1940. Luego vendrá su conocida vida cosmopolita, que comienza con el salto hacia la metrópolis canadiense, cuando Goffman estudió en la prestigiosa *University of Toronto*. Pero, en la actualidad, un grupo de investigadores se encarga de estudiar los documentos familiares, reunidos en los *E. Goffman Archives* (disponibles en *internet*), para comprender el alto impacto de los años formativos de quien habría de convertirse en el célebre fundador del campo microsociológico, lo que Goffman denominó “el orden de la interacción”. Su modelo dramático para analizar la presentación del sí mismo en la vida cotidiana, una de las monografías más exitosas fuera del ámbito académico (*The presentation of the self in everyday life*, 1959), podría haber sido el resultado de su experiencia marginal, del hecho de ser el hijo de una familia de rusos judíos emigrados a un lugar remoto en Canadá, durante la segunda década del siglo XX. Muchas de esas vivencias tempranas y originarias en su país natal serían tal vez las que Goffman generaliza y transforma en un fascinante campo de estudio social y cultural que hoy es usado inclusive para comprender las interacciones en las redes sociales por psicólogos, antropólogos y comunicólogos. También quiero mencionar a un estudioso de la nación canadiense actual, el filósofo político Will Kymlicka, de la *Queens University*, en Kingston, cuyas reflexiones sobre la peculiaridad multiétnica canadiense – la existencia de dos minorías nacionales, los aborígenes y los francófonos – y su crítica constructiva y creativa del multiculturalismo han sido preciosas para mi trabajo sobre la representación de lo real en documentales de ese país. Y desde mucho antes de ir a Canadá, fue importante en mis escritos el valioso trabajo de varios semióticos canadienses, como David Savan (1916-1992), el pensador más importante del *Toronto Semiotic Circle*, quien impulsó el estudio de la semiótica de Peirce en Canadá. Uno de sus discípulos ha escrito una prolífica e instructiva obra sobre los signos de la cultura popular contemporánea en América del Norte, me refiero a Marcel Danesi, de la *University of Toronto*. Y en el campo específico de la semiótica y el cine, no puedo dejar mencionar los valiosos trabajos del especialista Martin Lefebvre, de *Concordia University*, quien, además de haber producido excelentes análisis sobre los signos cinematográficos, integra el equipo internacional francófono que traduce al francés la obra definitiva de Peirce, la edición cronológica de los *Writings*.

Pero dejé para el final de esta enumeración, incompleta por su naturaleza, pues toda serie se basa en el imperfecto e impreciso recuerdo, para la más importante relación intelectual y personal que he tenido con Canadá, un vínculo que se remonta a más de veinte años atrás, mucho antes de que yo imaginara que algún día yo iba a vivir y a trabajar en ese admirable país. Conocí a Patrick Imbert en un congreso internacional de semiótica en Europa, y desde entonces hubo una instantánea afinidad electiva y una amistad entrañable que no ha dejado de crecer con el tiempo. Además de compartir temas, métodos y autores, tengo un enorme aprecio por la insaciable curiosidad y vasta erudición de ese incansable académico y viajero canadiense de quien me precio de ser amigo. Como un moderno Marco Polo, Patrick Imbert se ha encargado de exponer con simple elegancia y contagiosa lucidez la cultura contemporánea y lo mejor del pensamiento literario y social canadiense, especialmente pero no exclusivamente en su dimensión francófona a innumerables lugares del mundo. Si alguien merece, en mi opinión, el rótulo de “intelectual transnacional” es Imbert: por su dominio de diversas lenguas, y por su apertura a los signos de la alteridad. Antes hablé del sinequismo semiótico, me gustaría ahora mencionar el tránsito fluido y natural entre la creación literaria y el análisis de culturas y sociedades que conforman la abundante y valiosa producción bibliográfica de Patrick Imbert. Su obra ha tenido un impacto muy positivo en mis textos, algunos de los cuales he tenido la satisfacción de publicar en obras colectivas que Imbert ha editado como parte del importante proyecto de investigación que él lleva a cabo como titular de la prestigiosa *Chaire de Recherche de l'Université en changements socio-culturels au Canada*, y antes de eso, en otro proyecto igualmente valioso relevante llamado *Enjeux sociaux et culturels dans une société du savoir*, en la *University of Ottawa*. Sus múltiples aportes para comprender ese flujo imparable de informaciones y la coexistencia de visiones abiertas con prejuicios arcaicos, son particularmente interesantes para mi trabajo en comunicación, porque Imbert se propuso comparar el funcionamiento de discursos globalizantes en Canadá y en América Latina. Para ello moviliza de forma creativa e innovadora un marco teórico basado en pensadores europeos y americanos, sin que se perciba ninguna jerarquización en el uso de esas diversas fuentes.

Quiero expresar a Ud. mi más sincero agradecimiento por estas estupendas preguntas; ellas me han permitido hacer una especie de balance provisorio de mis días y trabajos en Canadá, algo que no es posible realizar

en el medio del quehacer cotidiano. Y el poder llevarlo a cabo en el marco de una magnífica publicación como *Interfaces*, dedicada a estudiar el flujo de signos entre Brasil y Canadá, me da mucha alegría.

Notas

1. Full Professor, Department of Communication, University of Ottawa, Ottawa, Ontario, Canadá. E-mail: fandacht@uottawa.ca.
2. Professora permanente do PPG-Letras UFRGS e do Mestrado em Memória Social e Bens Culturais da Unilasalle, Canoas, RS, Brasil. Pesquisadora 1b do CNPq. E-mail: zilabster@gmail.com.